

Las notas prohibidas de Tito Livio

Las notas prohibidas de Tito Livio es un híbrido entre historiografía y relato de ficción, que tiene como propósito contarnos una historia: la de la magnificencia y horrores de los gobernantes romanos.

La diferencia entre este libro y los otros del Imperio Romano escritos por los propios cronistas e historiadores de la época, pasando por los estudiosos franceses que en el siglo XVIII se obsesionaron por reconstruir la Historia de Roma hasta llegar a los especialistas contemporáneos; radica en que *Las notas prohibidas de Tito Livio* se recrean con una prosa sabrosa, divertida e irónica que solo pudo salir de la pluma de Juan Antonio Isla.

Es el relato del imperio más grande que haya existido en Occidente, al dominar vastas extensiones de tierras que iban desde España, Gran Bretaña, pasando por los territorios del norte de África, Egipto y Turquía, hasta llegar a Medio Oriente.

De ahí que los germanos al momento de derrotar en batalla al imperio que los aplastaba, construyeran su más grande epopeya nacional: "El cantar de los nibelungos". En esta gesta heroica, el germano Sigfrido vence con su espada mágica al dragón que los acechaba, animal mítico que no es más que una metáfora del ejército romano.

La magnificencia y el poder que tuvo Roma forma parte de un proceso de larga duración que, incluso, se utiliza para delimitar en el tiempo uno de los periodos de la Historia: el de la Edad Media, que inicia con la caída del imperio romano de Occidente y termina con la caída del Imperio romano de Oriente establecido en Bizancio.

En cuanto a la delimitación espacial, Roma es la ciudad en la que por largos siglos se acentaron los grandes poderes de Occidente: personificados primero por los reyes (durante la monarquía), por los cónsules (en la República), y por los emperadores (durante el imperio). Y ya en el crepúsculo de la caída del Imperio Romano de Occidente, por los pontifices que crearon en la Ciudad Eterna otro imperio a partir del 300 después de Cristo, cuando el emperador romano de Oriente, Teodosio, en presencia del de Occidente, declaró al cristianismo como religión de Estado. Ahí inició el periodo conocido como el de los papas del Imperio.

Todo esto viene a colación porque el autor de esta obra justo hace un recorrido por los grandes aciertos, pero también por las mayores atrocidades cometidas por los monarcas, cónsules y emperadores romanos.

La historia de Roma, desde una perspectiva determinista, no podía ser otra, si apelamos a su mito fundacional. Juan Antonio, nos recuerda que Rómulo al ganarle la disputa sobre dónde se debía levantar la Ciudad Prima, mató a su hermano gemelo, Remo. Así, desde sus inicios fue una ciudad marcada por la

traición y la guerra, pues el propio Rómulo ya investido como primer rey, según la leyenda, desapareció en medio de una tormenta y se elevó al cielo para convertirse en el dios de la guerra. Incluso a su sumamente belicoso tercer rey, Tulio Hostilio, se le debe la palabra hostilidad, pues a pesar de su avanzada edad, todo lo quería resolver con la guerra.

Y los sucesores de los sucesores de Hostilio, siguieron la misma tónica, pues, nos dice el autor: “está claro que la guerra era la razón de ser del pueblo romano y sus batallas duraron siglos.

Una de esas largas guerras llamadas púnicas que libraron contra los cartagineses entre el año 264 y el 146 antes de Cristo, estuvo marcada al final por la crueldad ilimitada de los vencedores. Los romanos se ensañaron con Cartago: la obligaron a pagar indemnizaciones; exigieron como rehenes a trescientos niños, hijos de nobles cartagineses; pidieron la entrega de todas las armas, de todas sus bodegas de maíz. El fin de este episodio sangriento fue la muerte de la mayoría de la población de Cartago. Y aunque los cartagineses se rindieron, Roma ordenó el incendio de la ciudad que estuvo en llamas por más de dos semanas, mientras los sobrevivientes eran vendidos como esclavos.

Y a propósito de los esclavos, Juan Antonio retoma la rebelión de estos encabezada por el fiero gladiador Espartaco, dispuesto a entregar su vida en aras de la libertad. Cuando finalmente fue vencido el ejército de Espartaco compuesto por 120 mil esclavos; Craso tomó prisioneros a 6 mil de ellos y los crucificó a lo largo de la vía Apia. Esta espantosa escena aterrorizó hasta a Pompeyo con todo y su sobrenombre de adolescente carnicero: quien “el resto de sus días tendría horribles pesadillas con la escena de los esclavos crucificados implorando les dieran muerte”.

El filósofo y orador Marco Tulio Cicerón corrió más o menos con la misma suerte, aún cuando era uno de los más famosos abogados de Roma. Su error fue encabezar la lista negra del nuevo triunvirato que gobernaría la República. Cuando intentaba salir de Roma fue decapitado y su cabeza y sus manos se expusieron en público, como castigo ejemplar.

Pero la historia de Roma no solo se escribió con la sangre de los pueblos vencidos, de los rebeldes, pues la mayoría de sus reyes, cónsules y emperadores también cayeron víctimas de una interminable cadena de tramas de sus adversarios para hacerse del poder o simplemente para no perder sus privilegios. Este fue el desgraciado caso de Julio César, quien provocó la ira de los miembros más conservadores del Senado al erigirse en dictador vitalicio durante la República. En la Sede del Senado, César recibió varias puñaladas, y cubrió su cabeza con la toga para evitar ver el rostro de sus asesinos. Con el caído, también cayó la República e inició el imperio.

Con el Imperio Romano como sistema de gobierno, comenzó, cito: “una saga de emperadores frénéticos, extraviados, que no conocían límites para sus

Texto de Ana Cecilia Figueroa

atrocidades, que no distinguían entre lo malo y lo peor, siempre rodeados de un entorno de intriga, sangre y sexo. Para algunos de ellos era lo mismo mandar matar mil reses para un banquete que a 2 mil cristianos por ser sospechosos de quemar un mercado”.

Tiberio, por ejemplo, quien mandó matar a su esposa, cito: “era el principal protagonista de bacanales de erotismo y sangre en las que no respetaba a los menores. Y aunque el emperador se había exiliado en la isla de Capri, a la ciudad de Roma llegaron las noticias de su conducta inmoral, la gente, harta de los excesos del monarca gritaba: “Tiberio al Tíber”.

Pero lo peor estaba por venir: a Tiberio lo sucedería Calígula, la aberración personificada, como lo califica Juan Antonio Isla. Los extravíos del nuevo emperador iban desde mandar exhumar la tumba de Alejandro Magno para ponerse su armadura, hasta mantener relaciones sexuales con tres de sus hermanas. Embarazó a una de ellas, y al octavo mes de gestación, Calígula ordenó que le abrieran el vientre, para ver cómo era su hijo.

Por su parte, Nerón, lo mismo se resistía a firmar la sentencia de muerte de un prisionero que era capaz de mandar a asesinar a sus asesores, escritores dignísimos y hasta a su propia madre.

Cómodo, quien se sentía gladiador, organizó la celebración de los Juegos Plebeyos, en los que participó combatiendo contra los hombres moribundos o enfermos terminales para ayudarlos “a bien morir”.

Entre las “manías” de estos emperadores locos destaca el que odiaba a los calvos y mando aniquilar a todos los romanos que lo fueran. O aquel que usaba pelucas porque detestaba su propia calvicie, y dedicó largo tiempo a escribir un tratado sobre cómo cuidar la cabellera.

Esa extraña manera de comportarse en un mundo lleno de excesos en donde las orgías, los incestos, los asesinatos de emperadores o cónsules a manos de sus herederos, adversarios, aliados, amigos; traspasó el poder, llegando hasta las entrañas del pueblo romano, el cual se regocijaba con la crueldad, la sangre, la tortura, la perversión.

Así sucedió cuando el emperador Claudio, cuya esposa ha pasado a la historia como la ninfómana por antonomasia, Valeria Messalina, antes de inaugurar la obra de la desecación de un lago, montó una batalla naval entre dos flotas de 20 mil condenados a muerte. Antes de irse al agua, los improvisados actores gritaron la famosa frase: “Ave César. Los que van a morir te saludan”; mientras el público desde las colinas se divertía muchísimo con la cruel representación, advierte el autor.

De la parte en la que rescata a los sumos pontífices con sus luces y sus sombras, me quedo con las manías de Pío Nono, el último soberano de los Estados

Texto de Ana Cecilia Figueroa

Pontificios. Este papa le tenía tanta aversión al sexo que proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción de María. El mismo que mandó mutilar los penes de todas las esculturas de los museos vaticanos, argumentando que podían despertar la lujuria dentro de los recintos sagrados, lo que desataría la ira de Dios. Estas imágenes de esculturas mutiladas dieron origen a la idea de Juan Antonio de escribir *Las notas prohibidas de Tito Livio*.

En síntesis, me quedo con la obra que hoy se presenta porque es una suma muy bien lograda tanto de las grandes obras y triunfos del Imperio Romano como de la podredumbre moral de sus gobernantes. Aunque esta manera de actuar no fue exclusiva de los romanos, pues como lo señaló el filósofo Cioran: "la Historia es en sus tres cuartas partes, la historia de las tiranías, de la esclavitud humana".